

EDITORIAL

La influencia de Wittgenstein en la filosofía de los últimos cien años ha sido (y continúa siendo) inmensa. Sin embargo, Cavell también nos recuerda, en “The Wittgensteinian Event” (2005), el carácter marginal y filosóficamente excéntrico del pensamiento de Wittgenstein, que no es ni enteramente asimilable desde la perspectiva teórica de la filosofía curricular ni completamente separable de ella. Tal como la concibe Cavell, la difícil etiquetación de la filosofía de Wittgenstein obedece a cómo concibe el autor la relación entre la actividad filosófica y lo ordinario. A lo que deberíamos añadir una segunda razón: aunque Wittgenstein desempeñó un papel crucial tanto en la formación de la filosofía analítica (junto con Frege, Russell y Moore) como en la crítica al positivismo lógico que desembocó en la filosofía del lenguaje ordinario, los diversos proyectos de ‘domesticación’ y de asimilación de su pensamiento a los cánones de dicha tradición no resultan convincentes. En los márgenes de la analítica, Wittgenstein ha sido un clásico incómodo, tal vez, un testigo indeseado.

No se trata tan solo de que la congelación a-histórica del pensamiento de Wittgenstein y la subsiguiente imagen del filósofo sin predecesores se haya ido paulatinamente desmoronando, y de que, mediante un diálogo crítico entre Wittgenstein y las fuentes en las que se inspira y las tradiciones de las que se distancia, muchos intérpretes se hayan percatado de la relación interna que guardan la lógica y la historia de los problemas filosóficos. También se ha hecho explícito hasta qué punto el pensamiento de Wittgenstein (fundamentalmente, del segundo Wittgenstein) rechaza los componentes y presupuestos fundamentales de las fases ‘canónicas’ de la tradición analítica, acentuando la dimensión práctica y terapéutica de la filosofía, proponiendo lo que bien podría denominarse una *metafísica de la experiencia y de la actividad intersubjetiva humana*, enfatizando una racionalidad abierta y dinámica, recusando el mito fundacionista de ‘lo dado’, combatiendo la *desorientación* respecto a la comprensión ordinaria a la que puede llevarnos un modelo representacionista en filosofía (y no tratando de ofrecer más conocimientos, sino una aprehensión correcta del conocimiento del que ya disponemos), ubicando la filosofía en el área de las